

Segunda carta al pueblo de Dios

CARTA 1977

VIVIR JUNTOS EN CALCUTA Y CHITTAGONG

Respondiendo a la invitación de jóvenes asiáticos, algunos de nosotros, de diversos continentes, hemos venido con ellos, durante varias semanas, en Calcuta (India) y Chittagong (Bangla Desh).

En Calcuta como en Chittagong, vivimos en un barrio muy pobre. Nuestras jornadas están llenas de numerosos encuentros con nuestros vecinos, en sus casas o en la nuestra. Nos impresiona su capacidad para compartir y su calurosa acogida. Intentamos comprender sus aspiraciones y confrontarlas con las intuiciones recogidas en el concilio de los jóvenes estos dos últimos años, en muchos países del mundo.

Aquí, la oración, la reflexión, la acogida tienen como constante ruido de fondo el jaleo característico de un barrio así. Hasta tarde en la noche los transistores rivalizan con los ladridos de los perros. Los niños están constantemente presentes en medio de nosotros, desde el amanecer, con sus risas y juegos, a veces también con sus dramas escondidos. Comen con nosotros y participan en nuestra oración: los más grandes, encargados de los recién nacidos, vienen con ellos.

Cada mañana, en las casas de moribundos, en las casas de niños abandonados, o en los suburbios de la ciudad, trabajamos con muchos otros. Las tardes las dedicamos a la reflexión sobre la carta al pueblo de Dios.

Desde el comienzo, el concilio de los jóvenes estuvo marcado por asiáticos. Con unos cuantos de ellos, llegados desde diferentes partes de Asia, hemos escrito la siguiente carta. Está situada en la prolongación de la primera carta al pueblo de Dios, escrita en Taizé en agosto de 1974, más adelante seguirán otras cartas, serán escritas en otras partes, en las mismas condiciones que ésta.

He aquí, la segunda carta al pueblo de Dios:

SEGUNDA CARTA AL PUEBLO DE DIOS

Calcuta-Chittagong, 1 de diciembre de 1976

En Asia hemos sido confirmados en la certeza de que las heridas que desgarran a la humanidad pueden ser curadas. De entrada quisiéramos transmitir esa convicción a todos aquellos que creen haber agotado en vano todos los medios, en su compromiso por construir un mundo más humano.

Hemos venido aquí llevando en nosotros la presencia de tantas mujeres y hombres que conocen el ahogo y la impotencia: unos se dejan llevar por el desánimo o la resignación, otros por la violencia de los desesperados.

Ahora volvemos después de haber descubierto, en el corazón de profundas angustias, la sorprendente vitalidad, de un pueblo y haber encontrado testigos de otro futuro para todos.

Para contribuir a este futuro, el pueblo de Dios tiene una posibilidad que le es específica: repartido por toda la tierra, puede construir en la familia humana la parábola del compartir. Esta parábola contendrá la suficiente fuerza para propagarse hasta quebrantar las estructuras más inmóviles y crear una comunión en la familia humana.

Para llevar al pueblo de Dios hacia este radicalismo del evangelio, tú que lees esta carta, joven o adulto, no tardes en hacer de tu propia vida la parábola del compartir, realizando actos concretos cueste lo que cueste.

Por este camino, en Asia, especialmente tantos pobres te preceden.

Realizar con otros la parábola del compartir concierne en principio a los bienes materiales. Empieza por la transformación de tu manera de vivir.

Ya en el siglo IV, un obispo de Milán, San Ambrosio, estaba muy preocupado viendo como algunos cristianos acumulaban bienes. Él les escribía: "En común ha sido creada la tierra para todos. Nadie es rico por naturaleza, pues, ésta nos engendra igualmente a todos. No le das al pobre de lo tuyo, sino que le devuelves lo suyo. Pues lo que es común y que ha sido dado para el uso de todos lo usurpas tú solo".

Para transformar tu vida, nadie te pide caer en una austeridad puritana, sin belleza ni alegría.

Comparte todo lo que tienes, encontrarás una libertad.

Resiste al consumo; multiplicar las compras es un engranaje sin salida. La acumulación de bienes (reservas), para ti mismo o para tus hijos es el comienzo de la injusticia.

El compartir supone una relación de igual a igual que nunca crea dependencia. Esto es verdad tanto entre los individuos como entre los Estados.

No es posible cambiar el nivel de vida en un día. Es por eso que pedimos insistentemente, a las familias, a las comunidades cristianas, a los responsables de las Iglesias, establecer un plan de siete años que les permita abandonar, por etapas sucesivas, todo lo que no es absolutamente indispensable, empezando por los gastos que nos dan prestigio. Y sobre ello, ¡cómo quedarnos en silencio ante el escándalo de los gastos que para tener prestigio hacen los Estados!

De ahora en adelante uno de los objetivos del concilio de los jóvenes será contribuir a la preparación de esos planes septenarios, diversificados según las circunstancias y los países. Para elaborarlos en un diálogo con muchos otros, desde ahora algunos jóvenes van a ir, de dos en dos, a visitar las familias y las comunidades. Habrá jóvenes a los que se les encargará visitar a los responsables de Iglesia, tendrán primero un tiempo de preparación, después del cual recibirán una misión precisa desde Taizé o desde Calcuta.

El compartir también va a llevarte a modificar tu propia vivienda. Haz de tu morada un lugar de permanente acogida, una casa de paz y de perdón.

Simplifica tu habitación pero no exijas lo mismo a personas mayores cuyo alojamiento está lleno de recuerdos...

De los que tienen edades avanzadas surgen intuiciones de Dios que empujan a los más jóvenes hacia adelante.

Tienes vecinos de piso y de barrio. Tómate tiempo para crear lazos con ellos. Encontrarás grandes soledades. Constatarás que la frontera de injusticia no pasa solamente entre continentes sino también a unas centenas de metros de tu casa.

Invita a tu mesa. El espíritu de fiesta resaltarán más en la sencillez que en la abundancia de alimentos.

Como un gesto concreto de solidaridad, algunos no dudarán en cambiar de vivienda y de barrio para ir a vivir en medio de los olvidados de la sociedad, ancianos, extranjeros, inmigrados... ¡Acuérdate de que en cada gran ciudad del mundo, en mayor o menor medida, coexisten zonas de pobreza con zonas que rebosan riqueza!

La parábola del compartir se aplica también al trabajo.

Compromete todas tus fuerzas con el fin de obtener, para todos, una igualación de salarios y asimismo unas condiciones de trabajo dignas de la persona humana.

Cuando el hacer carrera, el competir, la búsqueda de un salario elevado, las exigencias del consumo, son la razón de ser de tu trabajo, entonces estás muy cerca de explotar a los otros o de ser tú mismo explotado.

Trabaja., para ganar lo necesario, nunca para acumular.

El compartir se extiende a toda la familia humana. Un combate común para una distribución de los bienes de la tierra es indispensable. Una redistribución de las riquezas no necesita solamente que los países industrializados den su superfluo. Las estructuras que sostienen la injusticia internacional deben cambiar a toda costa. Lo que debe constar es la necesidad real de todos los hombres, hasta el último de los últimos, y no la satisfacción de las necesidades del hombre occidentalizado.

No hay más que una sola familia humana. Ningún pueblo, nadie está excluido. ¿Cómo tolerar que miembros de la familia humana sean víctimas del racismo, sean encarcelados en prisiones políticas, sean sometidos a todas las violencias? La innoble tortura hace estragos hoy en más de noventa países. Actualmente, las libertades humanas se limitan cada vez más e incluso desaparecen completamente.

Para curar tantas heridas de la familia humana siempre estamos llamados a trabajar en varias dimensiones a la vez. Acepta que persiguiendo la misma finalidad, otros escojan un camino diferente al tuyo. Unos, con ardiente tenacidad, se dedican a un cambio de estructuras de la sociedad, a un combate político a largo plazo. Otros, se comprometen en una acción de solidaridad directa e inmediata con las víctimas de la sociedad.

¿De dónde sacar las energías de amor para osar tomar tantos riesgos hasta tu último aliento?

El que no conoce el amor humano o no es portador de él ¿puede comprender la lucha por el hombre y la vida de comunión en Dios?

La oración para ti es una fuente para amar. La imagen de Dios en el hombre es quemadura de un amor. En una infinita gratitud, abandónate de cuerpo y espíritu. Cada día, ahonda algunas palabras de la Escritura, para ser emplazado cara a otro que a ti mismo, el Resucitado. Deja que en el silencio nazca en ti una palabra viva de Cristo para ponerla enseguida en práctica.

Para rezar con el pueblo de Dios, dispón la Iglesia de tu barrio de manera acogedora, tan familiar como las iglesias ortodoxas que nunca están encerradas en la rigidez de los bancos y las sillas. Por otra parte, desde el siglo XVI, el palabreo, poco a poco ha invadido las iglesias hasta tal punto que la oración del pueblo de Dios corre el peligro de convertirse más en algo cerebral que en transparente comunión.

En el momento de dejar Calcuta y Chittagong, quisiéramos escribir en letras de fuego lo que hemos descubierto estos últimos años a través del mundo: en el quejido de tantos seres humanos se mezcla también otra tonada, un canto de esperanza. Este canto, lo hemos oído claramente en Asia. Esta tonada, todavía sorda y oculta, es el canto de una comunión prometida a toda la familia humana: y es ahí donde el pueblo de Dios tendrá un lugar irremplazable.

Cuando el pueblo de Dios busca estar presente en las situaciones del mundo contemporáneo, no es sorprendente que también él sea sacudido, estremecido, por crisis sucesivas.

Sin embargo nuevos comienzos y desvelos son perceptibles por todas partes en el cuerpo de Cristo, su iglesia. Y tú también eres parte integrante de su futuro.

Si la iglesia abandona todo lo que no le es absolutamente esencial, si no se dedica más que a ser servidora de comunión y del compartir en la humanidad, entonces participará en la curación de las heridas de la familia humana. Hará tambalear las estructuras de injusticia, podrá derribar las olas de pesimismo y arrancarnos de la actual crisis de confianza en el hombre.

A través de la parábola del compartir, la Iglesia será, en la dislocada familia humana, una semilla que engendrará un futuro colectivo totalmente diferente. Será portadora de una esperanza que no tiene fin.